

## El temor al hombre

Por Nicholas T. Batzig

Parecía que casi todas las mañanas al despertar me encontraba mirando un ejemplar de *Fear of God* (El temor de Dios) de John Bunyan. Yo había traído este libro durante todos mis años de rebelión e incredulidad. Mi padre me lo regaló cuando yo era un muchacho, y supongo que lo guardé por su valor sentimental. Después de mi conversión, lo dejé en una pequeña repisa en mi cuarto. Este libro, por tanto tiempo olvidado que incluso George Whitefield lo dejó fuera de una recopilación de las obras de Bunyan, cayó en mis manos por la amorosa providencia de Dios. Lo tomé y lo leí. No pude soltarlo. Me sentaba con mi Biblia abierta junto al libro. Buscaba prácticamente todas las referencias bíblicas y le pedía a Dios que me enseñara qué significaba temerle. Fue así como un libro olvidado por mucho tiempo se volvió una de las influencias espiritualmente más formativas en mí como nuevo creyente. Llamé a casa y les dije a mis padres, “por fin sé qué significa temer al Señor”. Jamás olvidaré la respuesta de mi madre: “Es por eso que tu papá y yo hemos estado orando todos estos años”. Así que, pasados ya varios años, sigo revisitando ese libro y los pasajes de la Escritura a medida que reconozco lo mucho que aún necesito de esta preciosa gracia.

A medida que nos adentramos en la Escritura, nos encontramos a menudo con la importancia del temor del Señor y aprendemos que este “es la sabiduría” (Job 28:28); “el principio del conocimiento” (Pr 1:7); “aborrecer el mal” (8:13); “manantial de vida” (14:27); y “el todo del hombre” (Ecl 12:13). Isaías lo llamó el “tesoro” de la iglesia (Is 33:6). Sin lugar a dudas, es una de las enseñanzas más importantes de la Escritura. Y no obstante, es una de las menos comprendidas.

No podemos alcanzar una comprensión vivencial del temor de Dios si primero no percibimos nuestra predisposición hacia lo que la Biblia llama el temor al hombre. La Escritura condensa la totalidad de nuestra experiencia espiritual en una serie de contrastes fáciles de captar: luz y oscuridad, sabiduría y necedad, viejo y nuevo, vida y muerte, fe e incredulidad, y así sucesivamente. No menos importante entre éstos es el contraste entre el temor del Señor y el temor al hombre. Nuestro Señor Jesús puso de relieve este contraste cuando dijo: “No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Más bien, teman a aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno” (Mt 10:28).

El temor al hombre no es el mero temor al daño que los hombres puedan causarnos. Seguramente el temor al daño de alguna forma incita nuestro deseo de conseguir la aprobación de los hombres. Sin embargo, más precisamente el temor al hombre, como lo dice Bunyan, es “el temor a perder el favor, el amor, la simpatía, la ayuda y

la amistad del hombre”. En palabras simples, es “un ídolo de aprobación”. Tratamos de evitar la persecución debido a los “ídolos de aprobación”, “comodidad”, o “placer”. Estos ídolos nos hacen transigir con tal de ganar aprobación; ceder a la maldad con tal de ganar aceptación y paz. Esto nos pone en un círculo vicioso de idolatría. Por miserable que pueda ser, el temor al hombre es la configuración por defecto del alma.

¿Será el temor al hombre algo que atrapa solo a unos pocos? El apóstol Pablo dice que los hombres sin Cristo, por naturaleza, no tienen “*temor de Dios delante de sus ojos*” (Ro 3:18). No obstante, aun el más piadoso de los santos sigue teniendo vestigios de este temor al hombre en su alma. A veces incluso los creyentes deciden arrimarse al calor de la aceptación, como hizo Pedro en el patio afuera del sitio donde su Señor sufrió. El temer al hombre enmudece nuestro testimonio de Cristo y nos impide vivir para su gloria. Nos impide decir y hacer lo que a él le agrada porque preferimos agradar a los hombres.

Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo expulsamos el temor al hombre y nos aferramos al temor del Señor?

El profeta Isaías nos da el remedio del evangelio: “*Sobre él [Cristo] reposará el espíritu del Señor; el espíritu... de temor del Señor. Su deleite será temer al Señor*” (11:1-2). La vida de Jesús estuvo marcada por el temor de Dios. A él jamás le preocupó lo que la gente pensaba de él. Su único objetivo era darle honor a su Padre celestial. Jamás transigió por alguna ganancia. Él tomó el duro camino de la cruz para cargar la ira que nosotros merecíamos por nuestro pecado del temor al hombre. El corazón de Jesús estaba tan lleno del temor del Señor que él fue “*despreciado y desechado entre los hombres*”. Cuando lo miramos a él con fe, recibimos el perdón de nuestro pecado y el Espíritu Santo con el que él estaba lleno. Cuando confiamos en Cristo solo por la fe, el Espíritu Santo comienza a producir en nosotros “el temor que induce la adoración y el amor... [que] consiste en asombro, reverencia, honor y alabanza... lo cual es el reflejo de nuestra conciencia de la trascendente majestad y santidad de Dios” (John Murray).